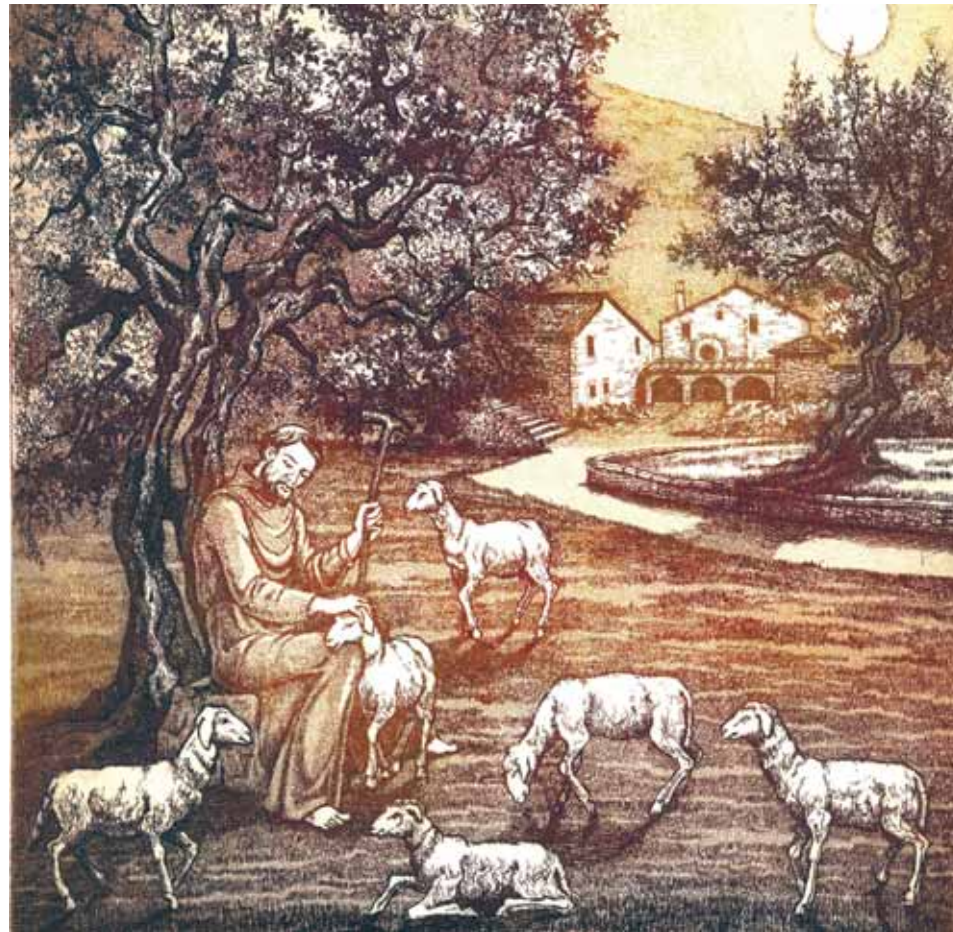


San Francisco tenía una particular ternura por los corderos, quienes el mismo Jesucristo los ha tomado como comparación en las Sagradas Escrituras, sobretodo en cuanto a su mansedumbre.



Retrato de San Francisco, Speco



San Francisco de Asís, Giotto



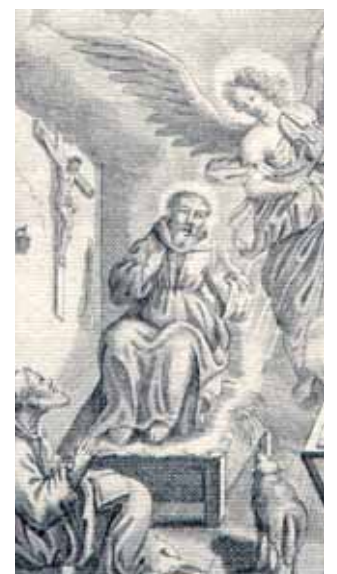
J. Van Eyck, *El Cordero Místico*



Basilica superior de San Francisco, Asís



San Francisco, Francisco Ribalta. Museo del Prado, Madrid



Las Fuentes franciscanas cuentan que “durante una estadía en Roma, el Santo había tenido consigo un corderito, impulsado por su devoción a Cristo, amadísimo Cordero. Cuando estaba por partir se lo confió a una mujer de la nobleza, Jacoba dei Sette Soli para que ella lo cuidara en su casa. El cordero, como si hubiese sido domesticado por el Santo para las cosas espirituales, no se separaba nunca de la compañía de la señora. Cuando ella iba a la iglesia, él permanecía a su lado y regresaban juntos. Por la mañana, si la señora tardaba en alzarse, el cordero le saltaba y la golpeaba con sus pequeños cuernos. La despertaba con sus balidos, exhortándola por medio de gestos a apurarse para ir a la iglesia. Por esto, la señora admiraba y amaba a este corderito, discípulo de Francisco y ya casi un maestro de devoción. [...] Un día, encontrándose

San Francisco camino a Siena, encontró una numerosa grey que pastaba. Según su costumbre, saludó con benevolencia y éstas, parando de rumiar, corrieron hacia él, elevando el hocico y fijándolo. Le hicieron tanta fiesta que los frailes y pastores quedaron estupefactos, mientras que los corderos y hasta los carneros le saltaban alrededor en modo tan maravilloso. [...]

*En otra circunstancia,* estando en Santa María de la Porciúncula, llevaron como ofrenda a este hombre de Dios una oveja. Él la aceptó con gratitud porque amaba la inocencia y sencillez que de modo natural este animal demuestra. El hombre de Dios exhortaba a la ovejita a alabar a Dios y a no fastidiar absolutamente a los frailes. La oveja, como si sintiera la piedad del hombre de Dios, ponía en práctica

con gran cuidado sus enseñanzas. Cuando escuchaba que los frailes cantaban en el coro, también entraba en la iglesia y sin necesidad del maestro, plegaba las rodillas emitiendo tiernos balidos delante del altar de la Virgen, Madre del Cordero, como si estuviera impaciente por saludarla. Durante la celebración de la Misa, en el momento de la elevación, cual animal muy devoto, se curvaba con las rodillas plegadas, casi como si quisiese amonestar a los hombres poco devotos por su irreverencia y para animar a los devotos a la reverencia hacia el Sacramento”.